

Francisco Ferrer Lerín

Ciudad propia
Poesía autorizada

Edición y prólogo de Carlos Jiménez Arribas
Nota biográfica de Javier Ozón Górriz
Notas del autor

Incluye los prólogos originales de
José Corredor Matheos y P. Gimferrer

Índice

PRÓLOGO · Carlos Jiménez Arribas | 13

NOTA A LA EDICIÓN | 33

NOTICIA BIBLIOGRÁFICA | 37

CIUDAD PROPIA. POESÍA AUTORIZADA | 41

DE LAS CONDICIONES HUMANAS | 43

PRÓLOGO · José Corredor Matheos | 45

EROS	53
Eros	55
Primera conmoción	57
Pobres marionetas con sus vestidos nuevos	59
Sesgo	61
¡YE LOS QUE CREEN!	63
Que arrastra las hojas muertas	65
Memoria de un recuerdo	66
DE LAS COMUNIDADES	67
una raza de hombres principiante en sus tareas de albor	69
Antiguo	72
Los justos	74
Los humildes	77

LA HORA OVAL | 79
PRÓLOGO · Pedro Gimferrer | 81

1960		85
	La hora oval	87
	Aleluyas de caminante	88
	El último contacto que tuve con Dalia...	89
1961		91
	J'attends une chose inconnue...	93
	En el marasmo de bufonadas...	94
	Port-Royal	95
	Registro	96
1963		97
	Niña con muñeca	99
	Nastenka	100
	Los editores	102
	<i>...lozana la grama...</i>	103
	El monstruo	104
	La heredad	107
	Tú	109
	Conrad	110
	Les branches des saules pleureurs	111
	Isabel de Herstad o la canción nocturna	112
	Un justo homenaje a Juno	114
	Plegaria	115
	Dalla fangaia affiora...	116
	En la escalera blanca de mármol	118
	Laura	120
1964		121
	Barbarella	123
	Pavana del príncipe alado	124
	La mano	125
	El fracaso	126
	José D. Hebern	128

1965	131
2-3-65	133
La historia preferida	136
Se describe una vida extraña	138
1966	139
Otelo	141
Muerte de Joan Marsh	143
1968	145
Dedicatoria	147
Murió Ferrara	149
Invierno en la chopera	151
3-XII-68	152
4-XII-68	153
Empleo del tiempo	154
1969	157
Mis memorias	159
Mansa chatarra	161
Octubre 1969 (I)	164
Octubre 1969 (II)	165
1970	167
La dama que vive	169
La emprendedura	172
Mar	173
Tiempo en la provincia	175
Tzara	177
Campo de Burgos	179
Asturias quince de agosto	181

CÓNSUL | 183

FRONTISPICIO · Pere Gimferrer | 185

Olga	191
Viejo Circus	195
Una relación importante	198

Curry	199
Lámina devota	200
Adriana Asti	201
Tropa	202
Casino en provincias	204
Descenso al mar	206
Obras públicas	208
Corvus corax	213
Mesnada en el llano	216
Profesora y alumna	217
Rinola Cornejo y El Estrangulador de Boston	219
Carta a una estrella mallorquina	222
Elena Blum	223
Railroad Farewell	226
Diagrama	227

POEMAS NO RECOGIDOS EN LIBRO
E INÉDITOS | 229

Amigo Furlan	231
Mirón	232
Junio es la primavera	233
pablorigpicasso	234
Sin título	235
Y junto al níveo	239
Troquel embudo buril	240
«Och, he revives. See how he raises»	241
Francia	242
Casi tan alucinante como el chancro blando	243
Mis nombres dobles	245
Une fille sans complexes	246
Análisis	247
La historia de Ruth...	249
Reposición de una obra	250

A mi Charlota Ramplin	252
No eran tiempos de artistas	253
Destinos que se cruzan	260
Lingüística A	261
Lingüística B	262
Lingüística C	263
La ciudad alejada	264
Bibliofilia	266
Consideraciones biográficas	272
Fornido maestro	280
Matusalén	292
De barrizal	300
Fámulo	302

HISTORIA DE LOS POEMAS

[NOTAS DEL AUTOR] | 305

NOTA BIOGRÁFICA · Javier Ozón Górriz | 319

PRÓLOGO

La obra poética de Ferrer Lerín es una de las más originales del último tercio de siglo en España. Y lo es hasta el punto de poner en duda su catalogación dentro de ese género. De hecho, cabe preguntarse si el epíteto que acompaña a esta reedición, *autorizada*, no tendría algo de concesión también, de autorización para su lectura como poesía. Para su simple lectura, cabe añadir, vista la dificultad de hallar disponible hasta la fecha un corpus suficiente de la misma. *Ciudad propia* viene a arrojar luz sobre esa condición problemática —a la vez que pone de manifiesto la de poética— que la obra de Ferrer Lerín, al menos en lo esquivo de su comparecencia, ha protagonizado durante demasiado tiempo entre nosotros. El lector de este volumen no sólo tiene en sus manos los tres libros que le dieron al autor su fama de leyenda, es decir, no sólo tiene la oportunidad de cualificar en su justa medida esa aura legendaria; además cuenta con un número de inéditos suficiente como para constituir un libro más. *De las condiciones humanas* (1964), *La hora oval* (1971) y *Cónsul* (1987) son una apuesta personalísima en cada una de estas décadas, sucesivamente asordinada por la deriva del panorama poético circundante: adelantado en los sesenta, estrictamente contemporáneo en los setenta, por último, aluvión se diría residual con los años ochenta, cada uno de estos libros fue tomado más como síntoma de la aventura novísima que por su propuesta estética en sí. Leerlos aquí reunidos les devuelve su estatura original, ahora que muchos de sus coetáneos hace tiempo que han dejado la poesía. No faltará quien diga que es la poesía la que les ha dejado a ellos; como no faltará quien piense que a Ferrer Lerín nunca le dejó, pues nunca estuvo con él. Pero si algo viene a demostrar *Ciudad propia* es el des-

mentido de esto último: desde un texto programáticamente poético como «Los humildes», ya en *De las condiciones humanas*, hasta el último de sus inéditos, «Fámulo», la escritura leriniana se muestra radicalmente poética. Incluso los poemas en prosa, muy escorados hacia la narratividad, cobran nueva luz si son leídos como poemas. Lectura en absoluto forzada, ya que, tomados en su conjunto, todos ponen en escena una variación de motivos, una supeditación de la anécdota al gesto que la enuncia, sólo explicable desde el poema.

No voy a dedicar demasiado espacio en este prólogo a las posibles causas del silenciamiento de Ferrer Lerín, su exclusión de *Nueve novísimos poetas españoles*; ni a los rasgos gruesos bajo los que se le ha caracterizado. No me interesa ni el jugador de póquer, ni el romántico medioambientalista. Pero ambos rasgos, su silencio y su leyenda, están directamente relacionados. Y no sólo porque la mudez se explique con la vocación extraliteraria, sino porque esta puede también leerse como una forma impuesta de aquella. La veneración que parecen profesarle a Ferrer Lerín algunos de los novísimos —Félix de Azúa en *Diario de un hombre humillado*, por ejemplo— da buena fe de ello. Al lector actual, para quien se ha rescatado esta obra, quizá sí le interesará saber, sin embargo, que en aquellos convulsos sesenta en los que pocos poetas se libraban con suficiencia del rodillo social-realista, un libro como *De las condiciones humanas* estaba abriendo nuevas vías para la expresión poética en España. Era el año 1964, aunque el libro databa en realidad de 1962, y fue publicado, no se olvide, en la misma colección que *Mensaje del Tetrarca*, de Pere Gimferrer, de 1963, aunque este último orquestó su presentación en sociedad en fecha suficientemente antedatada. De hecho, las marcas más reconocibles de lo que luego, años después, fuera venecianismo epigonal están ya aquí, presentes en el desenfado de una voz que se sacude, casi por pri-

mera vez si salvamos los distintos brotes de posvanguardia, el humanismo romo de posguerra. Pero también legibles en su flirteo con los veneros más *camp*, en la voluntad crítica de aprovechamiento del ejercicio surrealista, que el propio autor define más bien como caso extremo de poligénesis, no tanto por exposición a modelos específicos o mimesis de los mismos; en el culturalismo como aporte de experiencia al poema; en la presencia, por activa y por pasiva, de autores no carpetovetónicos; en fin, en todo un acarreo de materiales que, sedimentados en un verso cada vez más largo, algo que no era exploración única de Ferrer Lerín entonces, turbó a los lectores atentos.

La precocidad de esta escritura se aprecia bien si atendemos a las citas de su propia obra inédita que introduce el autor como pórtico a *De las condiciones humanas*, y que aquí se reproducen en idéntico lugar, o al texto de la solapa de aquella primera edición. Merece la pena leer este último íntegramente:

En este mi primer libro édito, confluyen los sarcasmos de dos grandes amigos: Perse y Pound. Un título humano, casi social, ahuecado en el verso de estos magníficos tiempos en que vivimos, sirve de base a la verdad de tantas cosas. Y en la espontaneidad, el humor motor del mundo rige nuestras horas desde Beowulf a Henry Miller; y yo me canto a mí mismo en estos poemas escritos en 1962, a los 20 años.

Está el poeta mejor informado que su prologuista, pese a la impresión opuesta que pudiera derivarse de aquellas líneas, un tanto paternalistas, con las que José Corredor Matheos saludaba el debú leriniano. Le parecían al reciente Premio Nacional irreconciliables las «palabras hondas», lo que más elogios le arranca, con lo que llama «un mohín burlón». Y es esa imposibilidad para aunar en una única lectura, en una sola escritura, polos aparentemente distantes lo que sir-

ve para datar ambos empeños, el del poeta y el del lector tipo que entonces era Corredor Matheos. Porque no contemplar la posibilidad de que coexistan profundidad y fantasía, sentido del humor junto a lirismo, delata lo pretérito de los planteamientos poéticos en la España de la época. Una polaridad que Ferrer Lerín, y muchos otros después de él, venían precisamente a romper. Ahí radicaba la diferencia, el cambio fundamental, generacional si se quiere, pero también y sobre todo estético, que hacía a unos percibir como gesto malhumorado e histriónico lo que para otros era pura necesidad vital. Hubo, pues, y ese prólogo es quizá dolorosa prueba de ello, quien no entendió la escisión con el humanismo más estrechamente entendido: véase esa admonición por «escribir siempre una poesía metida en el hombre mismo, en su aventura: de amor, naturalmente; y por amor, necesitada de estar en los otros, de formar con ellos una sola cosa». Y muchos de quienes cayeron en el malentendido, más jóvenes que Corredor Matheos, acabaron pagando el precio trágico del que se ve arrumbado por la historia. Pero lo más significativo es que hoy, muchos años después de aquello, el libro sigue teniendo un valor, no sólo testimonial o histórico, sino sobre todo como trasunto irreprimitible de una voz única. En un panorama poético que sólo reconoce la singladura efectuada muy a la sombra de la tradición, una determinada lectura estrecha de la misma, la aparente orfandad latente en *De las condiciones humanas* revela, cuarenta años después, uno de los libros más prometedores de aquella década. Pero, sobre todo, constata que la voz no adocenada es siempre la más válida, incluso cuando más cuesta reconocerse en ella, cuando más cuesta reconocerla. O precisamente entonces.

[18]

Tras *De las condiciones humanas*, libro breve y primerizo, pero de un valor, insisto, que el lector actual sabrá calibrar en lo que tiene de hito y de vigencia poética, Ferrer Lerín

publicó, en 1971, *La hora oval*, de nuevo en una colección señera en la época, Ocnos, y de nuevo muy en el contexto editorial de la Barcelona más poética. Nada de esto es gratuito, como puede que no lo fuera su ausencia de la ciudad a la hora de figurar en más aventuras editoriales y mediáticas. Pero no es ese el debate que más me interesa ahora. Sí lo es constatar cómo, tras unos poemas ya inclasificables pero que el lector más avezado de poesía de la época se podía permitir el lujo de tutear, con *La hora oval* el texto leriniano introduce unos índices altísimos de radicalidad en los temas y en las formas. Tan altos que marcan un hito incluso dentro de su propia obra, la cual no ha vuelto a sentir la necesidad de mantenerlos. Es normal que así fuera, pues se hace insostenible una tensión tan acerada por mucho tiempo. Y no me refiero tanto a los excesos tipográficos, ni a ese sentido del humor, ya anotado por Gimferrer en el retrato del prólogo. Me ocupan más concretamente los poemas en prosa que relatan, en apenas página y media, la peripecia de un arrasamiento. El mismo prologuista se refiere a una suerte de evolución *destructoficticia*, si se me permite tomarle el término prestado a otro compañero de aquel corto viaje, Leopoldo María Panero. Ferrer Lerín suele hablar de ello, explicando la necesidad casi física que sentía de aquella escritura, una forma de expresión en el texto, en el sentido más liberatorio del término: la plasmación sobre el papel de los demonios propios, su enajenación en formas literarias. Así se entiende, además del motivo del crimen, la tópica de la metamorfosis, o la emasculación que tanto juego había dado a los surrealistas, por ejemplo.

[19]

Leer estos textos de *La hora oval* en clave de ficción breve, algo legítimo, no es tan revelador, tan iluminativo de su naturaleza, como ver en esa repetición casi obsesiva del crimen escenificado y sus elementos más reconocibles una ordena-

ción en serie lírica, una auténtica *serialización* poética. Aquel libro, incrementado en su ya copiosa factura por la recuperación de los textos más densos en *De las condiciones humanas*, compartimentado en epígrafes que se corresponden con los años de escritura, supone la irrupción de una voz inédita antes y después en la poesía española contemporánea. Y si lo es, no se debe tan sólo a esos conflictivos poemas en prosa, a esa arista de novedad que introducen en el debate sobre las formas poéticas textos como «Empleo del tiempo», «La mano», o «José D. Hébern», de rara taxonomización —una serie que incluye también su propia pieza paródica o subversiva: obsérvese cómo varía el desenlace, no así la atmósfera, cuando el protagonista de la peripecia es una mujer y no un hombre, tal y como excepcionalmente ocurre en «Mis memorias»—. Tampoco se debe en exclusiva esta voz nueva a un texto inclasificable como «...lozana la grama...», que hace de la labor hermenéutica toda una poética: toda escritura es, a fin de cuentas, una forma irremplazable de leer. La condición inusitada de un libro como *La hora oval* se debe, también, a poemas legibles de un modo convencional, si se puede aplicar ese epíteto a algo escrito por Ferrer Lerín, textos del cariz de «una raza de hombres principiantes...», que puede remitir a varios de los inéditos últimos; o la efectiva mimesis de los sonetos de corte inglés, las series tituladas con fechas, donde la tijera del autor ha sido más evidente en esta reedición; o bien la lucidez de una poética aún hoy vigente —especialmente hoy vigente— como es «Tzara».

[20]

No creo que sea novedoso ni esté sujeto a escándalo decir a estas alturas que, después del páramo oficiado en la poesía española por el auge de la figuración —simplificando, las poéticas alterosentimentalistas surgidas en los ochenta y su secuela epigonal pretendida hegemónica—, la práctica poética en nuestro país ha de pasar necesariamente por la